RINO DETECTIVE

Y EL MISTERIO DE LA PISCINA ROJA

ILUSTRACIONES DE CLAUDIA RANUCCI

PILAR LOZANO CARBAYO
ALEJANDRO RODRÍGUEZ

edebé

edebé

© 2013 del texto, Pilar Lozano Carbayo
© 2013 del texto, Alejandro Rodríguez
© 2013 de la ilustración, Claudia Ranucci

© Edición cast.: EDEBÉ, 2013
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com
Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Dirección editorial: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Gestión editorial: Elisenda Vergés-Bó
Diseño de la colección: Book & Look

Primera edición, septiembre 2013

ISBN 978-84-683-0859-3
Depósito Legal: B. 10252-2013
Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

PILAR LOZANO CARBAYO
ALEJANDRO RODRÍGUEZ

ILUSTRACIONES DE CLAUDIA RANUCCI

edebé

RINO DETECTIVE

Vivo en el zoo, un lugar aparentemente muy tranquilo…, aparentemente, porque ¡siempre hay algún caso misterioso que resolver!
Y entre caso y caso, me dedico a mis actividades preferidas: cuidar de mis magníficos **CUERNOS**, jugar al ajedrez, **MEDITAR** y, sobre todo, ¡meter las patitas en mi estupenda **CHARCA** bien embarrada!
¡No hay nada como un buen baño!

PACO PAPAGAYO

Soy ayudante del detective Rino, porque, si no fuera por mí, ¿cómo iba a investigar Rino?
Es listo, pero es taaaaan lentooooo.
Yo soy **RAPIDÍSIMO** y me puedo meter sin que me vean en cualquier agujero.
Miro, escucho, espío…
Sí, vale, soy un poco **DESPISTADO** y, sí, también soy muy **NERVIOSO**, pero es que me altero porque ¡es tan emocionante ser detective!

CAPÍTULO 1

ESTE SOY YO, RINO DETECTIVE

—¡Este animal no hace nada! Venga, papá, vamos a ver otro.

Al oír esta frase, levanté levemente el párpado y dirigí mi mirada a la valla. Mi vista deja un poco que desear, pero no tanto como para no ver lo que pasaba.

Sí. Allí había una chiquilla, tirando del brazo de su padre.

«¡Qué niña tan impertinente! ¿Cómo que yo no hago nada?», pensé. «¡Estoy aquí, expuesto en el zoo para todo el que desee verme!».

—Vamos, venga, papá, vamos a ver los tigres. ¡Este es muy aburrido! —insistió la pequeña.

¿«Esteeeeeeeeeeee» había dicho la niña? No daba crédito. Realmente ¿estaba hablando de mí? ¿Se estaba refiriendo de esa manera a un magnífico rinoceronte africano? ¿Sabía esa niña que peso más de tres toneladas?

No debía de haberse fijado bien. Me giré un poco hacia ella para que pudiera admirar mis magníficos cuernos.

Ni caso.

Me sentí dolido.

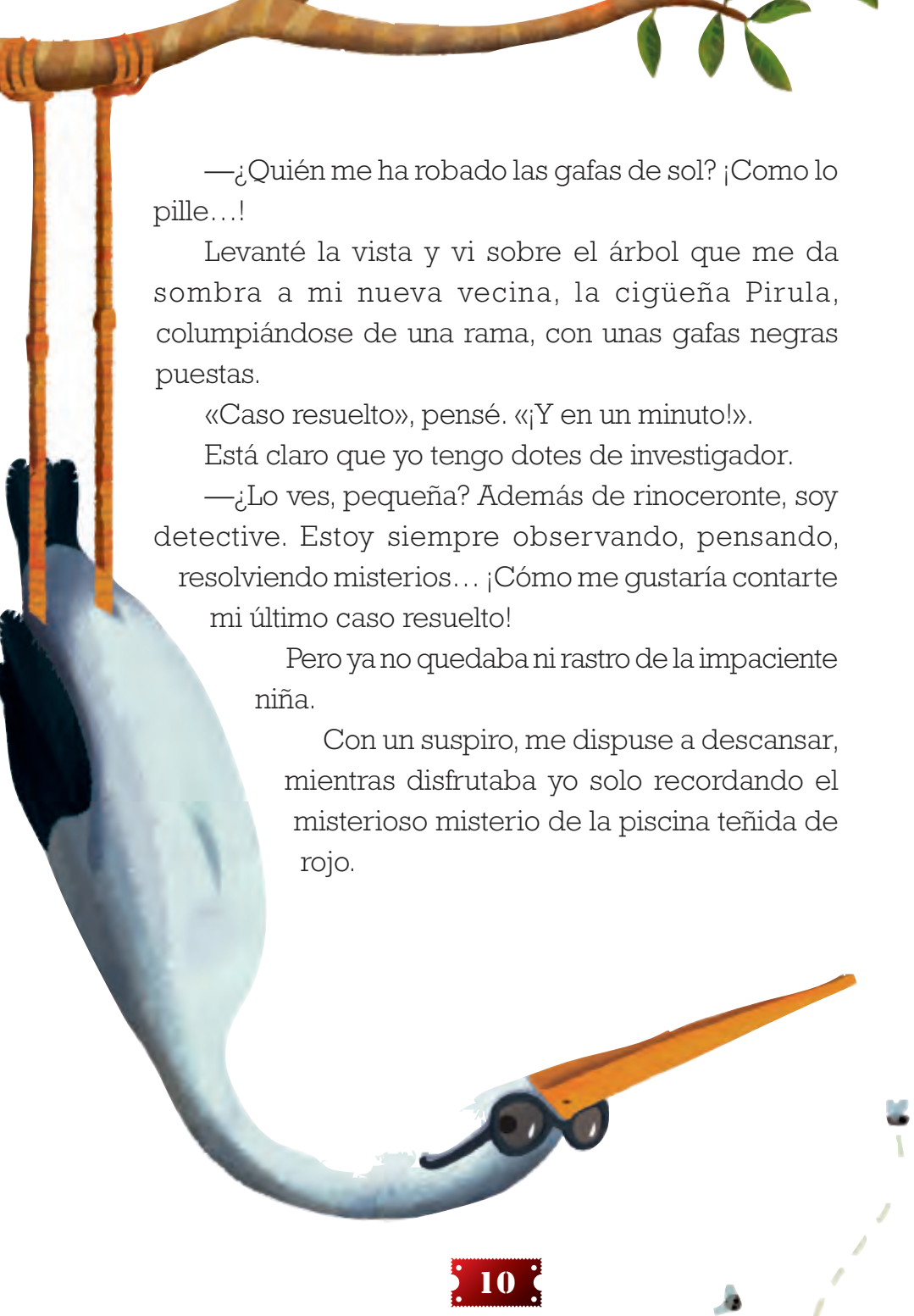
En fin, me hubiera gustado acercarme a la chiquilla y decirle un par de cosas, pero hablar con los niños es

algo que no se nos permite en el zoo… así que simplemente lancé un fuerte rugido.

La niña se giró con sorpresa.

«Te has asustado, ¿eh?», pensé riéndome. «¿Ves como sí puedo hacer cosas? ¿Cómo te atreves a decir que no hago nada? ¡Hago de rinoceronte! Eso es un enorme esfuerzo. Me paso el día comiendo como un rinoceronte, bañándome como un rinoceronte, dormitando como un rinoceronte…».

Interrumpió mis pensamientos uno de los cuidadores que pasó corriendo por delante de mi jardín gritando:



—¿Quién me ha robado las gafas de sol? ¡Como lo pille…!

Levanté la vista y vi sobre el árbol que me da sombra a mi nueva vecina, la cigüeña Pirula, columpiándose de una rama, con unas gafas negras puestas.

«Caso resuelto», pensé. «¡Y en un minuto!».

Está claro que yo tengo dotes de investigador.

—¿Lo ves, pequeña? Además de rinoceronte, soy detective. Estoy siempre observando, pensando, resolviendo misterios… ¡Cómo me gustaría contarte mi último caso resuelto!

Pero ya no quedaba ni rastro de la impaciente niña.

Con un suspiro, me dispuse a descansar, mientras disfrutaba yo solo recordando el misterioso misterio de la piscina teñida de rojo.

CAPÍTULO 2

UNA PISCINA MUY MUY ROJA

Por tercer día consecutivo la mañana había amanecido nublada y fresca.

Esos días, en un zoo acostumbrado al sol radiante, nos ponen muy nerviosos a los animales.

¡Y no digamos a los cuidadores! Parece que están tristones y se confunden en todo y hacen fatal su trabajo. Pues ¿no me dieron para desayunar una hamburguesa? A mí, ¡que solo como hierbas!

Lo pone muy claro en el cartel que está junto a mi valla:

Pues así estaba yo, reclamando un buen plato de cebada, cuando se oyó un grito desgarrador… y a continuación un ir y venir de cuidadores, como locos arriba y abajo, hablando todos a la vez.

Con un bufido, llamé a mi ayudante, Paco Papagayo, que rápidamente se posó en mis hombros para informarme:

—Rino, estoy impresionado. Nunca había visto nada igual. No te puedes imaginar… No sé cómo contártelo…

¡Qué nerviosos son estos pajarillos! ¿Por qué no me decía simplemente lo que había pasado?

Para que se calmara lo empujé a mi laguito particular. O sea, a mi charca, mi estanque, mi lodazal…, mi parte preferida de la casa.

Salió mojado y enfadado, pero tal como yo había previsto, estaba mucho más relajado. Así que Paco Papagayo respiró profundamente y finalmente me lo contó:

—El agua de la piscina de los delfines está completamente roja.

—¿Roja de sangre? ¿Un asesinato en el zoo? ¡Eso es realmente muy grave!

Mis fuertes piernas temblaron.

—No, Rino, no. No es un asesinato. Es que la han teñido con un producto que pica muchísimo y a la *delfina* Martina le han salido unos ronchones enormes en la piel. Y a la pobre se le saltan las lágrimas del escozor y…

Paco Papagayo bajó entonces un poco la voz para decir:

—Parece que han intentado envenenarla…

El temblor de mis piernas no cesó. ¿Se trataba entonces de

un intento de asesinato? ¡Eso era también realmente muy grave!

—Han suspendido la función de los delfines, han llamado a los veterinarios, y los cuidadores hablan todos a la vez, discutiendo qué puede haber pasado.

Y Paco Papagayo terminó su informe:

—Los delfines están todos abrazados llorando.

No era para menos ¿Quién había sido el malvado que había querido envenenar a los preciosos delfines?

Mi cabeza empezó enseguida a cavilar, pensar, observar… Levanté la vista, miré a mi alrededor, escuché… Todo parecía estar como siempre.

Bueno, es verdad que la cigüeña Pirula vivía antes junto a la piscina de los delfines, pero ya hacía días que se había trasladado a mi árbol.

Según me dijo, precisamente a migrar buscando el calor es a lo que se dedican las cigüeñas un par de veces al año. Estaba claro que su traslado nada tenía que ver con los delfines.

Así que, la verdad, lo que se dice sospechoso, sospechoso, no vi nada.

—Hummmmm, se presenta un caso difícil, amigo Paco.

Mi ayudante detective empezó a dar brincos:

—Un caso difícil, ¡qué emocionante!, ¡qué divertido!, ¿qué haremos? Rino, Rino, ¿tengo que pensaaaar? ¡Me encanta! ¡Me encantaaaaaa!

Solo un segundo chapuzón en mi charca hizo que se calmara.